

## **Los colores de la pandemia. Testimonios de vida, de María Fernanda Illescas Mariñalarena y Nidia Guiochín Sotomayor**

Gary M. Gómez Espinoza

En el marco de la contingencia sanitaria, *Los colores de la pandemia. Testimonios de vida*, abre la oportunidad a la comunidad de la Escuela de Artes Plásticas y Audiovisuales de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla de plasmar sus impresiones en distintas formas de expresión. Ya sea desde la imagen o el discurso, el libro entrelaza las vivencias y emociones que acompañaron este proceso. Experiencia marcada por el acontecimiento que pauta una serie de prácticas que reformulan la vida diaria, la normalidad y la rutina. La emergencia de una gran crisis irrumpe para generar nuevas formas de reconocimiento: reconocimiento de las emociones, de los espacios, del tiempo. El encierro preventivo, con el afán de control hacia la propagación del virus, tiene su parte positiva en cuanto a la disminución de la transmisión de este. Sin embargo, también acarrea confrontaciones en la convivencia, en espacios comunitarios. Desata crisis derivadas de la crisis sanitaria y con ello conforma otra crisis más: la crisis en tiempo real para el mundo globalizado, a la vez que implosionan multiplicidades de crisis individuales en este nuevo reconocimiento del mundo.

El libro aborda desde su estructura primaria un viaje por esta experiencia de confusión a un estado de equilibrio, de reencuentro en el espacio y de una nueva normalidad. Esto sucede desde el proceso del encierro negativo en una sociedad donde se propone y promete la libertad a toda costa hasta poder encontrar el lado positivo y los aspectos positivos del proceso de control de la crisis sanitaria. Los procesos de pérdida y duelo que acontecieron durante la pandemia, por un lado, y la necesidad humana de confort y comodidad que conocemos en el mundo globalizado, nos han mostrado su reverso. A consecuencia de la hiperconectividad tenemos también problemas globalizados en tiempo real que amenazan la vida que conocemos, el mundo que pensamos y que habitamos; con sus reglas simbólicas y culturales este se transforma al verse sobrepasado por el poder de la naturaleza que nos recuerda que somos otra especie de animales que enferma y muere, que un organismo puede alterar toda la estabilidad del desarrollo tecnológico que nos hace pensar que habitamos la cima del progreso.

El golpe asestado por la naturaleza a la concepción egoísta de la humanidad se entiende en el libro como un proceso de autoconocimiento, de crear una nueva relación con uno mismo y un proceso de aprendizaje y crecimiento; se trata, pues, de un proceso en el cual es necesario habitar nuevos espacios, reformular lo que creíamos conocido, habitar la virtualidad como un nuevo canal de comunicación, poder comprender el

espacio virtual como un espacio en cual también la formación y el aprendizaje pueden ser desarrollados en la distancia física, pero en la reflexión acompañada desde distintos puntos territoriales. Se tiene un nuevo reto para la atención y para la capacidad de poder concentrarse en espacios distintos y disímiles. Con todas las características particulares que acompañaron este proceso. Las instituciones continúan su función incluso fuera de las paredes que las demarcan territorialmente. El tiempo y su transcurrir hicieron ver que también a la distancia los rituales sociales como las graduaciones conforman parte de nuestro mundo simbólico, como rituales de paso.

Sin embargo, todo este proceso es acompañado también de una sensación de soledad. Como seres sociales, aún con un gran despliegue de recursos tecnológicos y dispositivos que nos brindan un gran confort, la convivencia no se puede experimentar de la misma manera, la corporalidad acompaña nuestras experiencias y emociones, los sentidos y la compañía aún no pueden ser del todo experimentados en un espacio virtual. De vuelta a lo telúrico nos encontramos unidos en la distancia por extensiones que nos permiten tener percepciones que simulan y recrean la comunicación física, pero una vez terminada la charla la vuelta a la soledad es también en algún momento devastadora. Se regresa a la soledad y al silencio, precisamente a lo que la sociedad contemporánea con su bullicio trata de escapar. Hay que aprender a vivir con la soledad.

El recuerdo de la corporalidad, la necesidad de su cuidado y la generación de nuevos aprendizajes nos recuerda la fragilidad de la vida, la pérdida de seres queridos. La posibilidad de la enfermedad aleja la inmunización humana que se ha hecho del mundo y nos pliega a ejercer mayor cuidado de nosotros, recordando que la relación con el cuerpo saludable es necesaria para enfrentar una amenaza de esta índole, un momento para replantear la relación con el cuerpo no como objeto de explotación sino como objeto de cuidado, primer espacio de confort y tranquilidad en la vida humana.

Si bien fueron años duros, todo paso de tiempo genera autoconocimiento que se convierte en una fuerte lección de vida para quien lo atraviesa. Momentos históricos que gracias a este texto queda un registro más allá de lo numérico y estadístico, que aporta el registro de la experiencia humana en múltiples formas artísticas que recrea y representa las emociones de un tiempo difuso.

Poder atravesar un proceso de esta índole nos transforma, nos mejora y nos renueva bajo la oportunidad de volver a los espacios a los que damos vida, volver a la cercanía de lo humano, del ocupar la ciudad, de transitarla y de recuperar la interacción no solo en imagen y audio sino en la experiencia que nos acompaña en cada traslado, en cada día. La amplia gama de colores de la pandemia nos recuerda las emociones, los sentimientos y las vivencias experimentadas en este proceso de las cuales no podemos solo romantizar para bien o para mal, sino retomar la experiencia en su totalidad en su amplio espectro. Todas las experiencias, como las podemos ver recopiladas en el texto, fueron distintas. Se vivieron bajo particularidades y crearon nuevas formas de comprender la vida y el mundo. No podemos generalizar un evento de esta magnitud, pero sí podemos gracias a los testimonios dejar una huella que pasado el tiempo nos brinde la fotografía de un evento que sin duda puso en paréntesis al rumbo que, creíamos, se dirigía la actualidad. Así, la emergencia sanitaria nos trajo múltiples lecciones y la oportunidad de ver el lado positivo de la pandemia para reconocer la fragilidad de lo humano, de regresar a un lugar conocido que ya no es el mismo, que ya nada es igual

porque esta experiencia ha transformado al mundo como lo conocíamos hasta ahora.

Gary M. Gómez Espinoza  
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla